

# El Silencio

Trabajosamente llegamos a la parte alta del cerro; al pie, un barranco corta abruptamente el terreno inclinado y forma un abismo de cien metros, en cuyo fondo se mueve un grupo de bañistas en bikini. Las figuras blancas se destacan contra el negro intenso de las arenas, señal inequívoca de abundancia de material ferruginoso.

A nuestra izquierda, en un deleite visual, se acuesta cuan

larga y agradables, playa El Silencio —llamada también El Icaco, arbusto que da una fruta muy agradable cuando está en plena madurez.

El ganado cebú se mueve lentamente, en un comer y comer que no cesa. Se apura, pensamos, para irse a rumiar al filo del mediodía, que ya se acerca.

Más lejana en el rumbo sur, Tivives, también la boca del río Jesús María; y sobre el peñón,



*¿Estuvo aquí instalada una factoría o fortificación española?*



## EL SILENCIO



*Estampa típica de la costa del Pacífico.*

la casa que fue de don Fernando Rudin, mirador excelente en cuyos alrededores se construiría el gran muelle nacional, si los viejos planes que vienen desde la época colonial hubiesen sido puestos en práctica.

Descansamos el cuerpo con el regalo —manantial inacabable de gratas vistas en todo el país — de nuestro paisaje, tesoro inexplorado. Hace un calor sofocante. El jaragua repunta y los jocotes ya han cumplido su encargo anual de repartir la ambrosía de sus frutos, pequeños y regordetes, que revientan en cuanto se les hinca el diente. Verdes —pensamos de refilón— resultan "bocas deliciosas; sin embargo ahora no es tiempo de pensar en licor sino en agua fresca. Pero el agua fresca anda lejos.

Una cerca de tres hilos de alambre; del otro lado, el tacotal; chapearon para hacer un intento de maizal, a fin de tener los elotes del gasto. Y entre los cogollos de la vegetación, se abre la playa la "Terciopelo", pequeña, y cerrada por acantilados. En el rumbo norte esta vecina de El Icaco tiene una muralla

de roca, como colocada con paciencia franciscana por obreros gigantes; hacia el sur, otros peñascos cierran el paso. Nosotros, en caminata ladera arriba, lo bordeamos sin peligro. Pero ya es tarde, la sed aprieta la garganta, y el descubrimiento quedará para otro día. Porque se dice —y se asegura, que es lo más interesante — que existen algunos indicios de que aquí tuvieron los españoles un fuerte. Se ofrecen pruebas al canto.

Si se observa con detenimiento la fotografía, se concluye en que tal aserto tiene mucho de posible. Las aguas están protegidas; y los flancos de una casaca también estarían bien defendidos en este punto. Todo esto nos suena a Landecho —tal vez — y hay razones, repetimos, para asegurarlo. Pero todo lo demás quedará para cuando haya más tiempo, menos calor y nos acompañe el hombre que conoce exactamente en qué punto del breñón está la huella histórica. Por ahora nos conformamos con la fotografía de la playa y el deleite de traernos en la retina el paisaje costero al sur de Mata de Limón y Corralillo.

*Salvador Miguel*